

## El cambio que necesitamos

Como suele ocurrir con los asuntos internos de los Estados Unidos, en los últimos tiempos hubo un desplazamiento internacional del interés sobre ellos. En Argentina, por ejemplo, los medios de comunicación han estado especialmente atentos a las últimas elecciones estadounidenses desde los tiempos de la interna demócrata entre Barack Obama y Hillary Clinton. Por el contrario no existe ninguna mención, en los medios masivos, de los conflictos en torno a las minas a cielo abierto de la zona andina, de los violentos intentos de desalojo de asentamientos habitacionales (como las 150 familias en la zona oeste del Gran Buenos Aires), de los conflictos obreros (200 despidos en las empresas Fate, Firestone y Pirelli), la impotencia de los burocráticos gremios docentes en la Ciudad de Buenos Aires, en fin, nada de lo que efectivamente ocurre por aquí.

Este fenómeno es un botón de muestra de que EEUU es (todavía) un imperio. No sólo porque algunos de sus asuntos internos repercuten de hecho en casi todo el mundo, sino porque aún quienes viven su vida sin verse afectados directamente por esos asuntos (los hay, y muchos) suelen sin embargo interesarse, e incluso preocuparse y hasta entusiasmarse, por las noticias que llegan desde allá. En definitiva, esto muestra que el Poder que concentra esa potencia mundial se articula sobre dos cosas: su Poder político, económico y militar, por un lado, y su efectiva capacidad de extender su centralismo cultural a casi todas las regiones del mundo.

Desde una perspectiva emancipativa, la de una política del sinpoder, existe la tentación de obviar cualquier comentario sobre los asuntos que atraviesan la hiperinformación mediática, y centrar, en cambio, la mirada sobre los asuntos que efectivamente atañen a los que no aparecen fotografiados, con cuidadosa producción, señalando el futuro junto a un cartel que reza “el cambio que necesitamos” («change we need») delante de un coro fuera de foco de ciudadanos y ciudadanas, negros y blancos, latinos y sajones. Pero lo que opera como clave para un pensamiento político del sinpoder no es un posicionamiento “desde afuera”, o un posicionamiento especular en relación a los sentidos comunes de la cultura del Poder Democrático, sino la interpelación de aquellas cosas que producen efectos políticos.

Entonces, mi pregunta es: la victoria electoral de Barack Obama ¿produce efectos políticos? ¿hay ante eso algo para decir desde una política del sinpoder?

Hay un primer aspecto de esa victoria, y de toda la campaña, que merece la atención, y es que reproduce y afirma un discurso esperanzador en torno a las políticas representativas y a la toma del Poder. Es una de las claves que se repiten por todas partes. Por ejemplo en un mensaje del archimediatario Michael Moore: “¡Un afro americano fue elegido presidente de los Estados Unidos! ¡Cualquier cosa es posible!” («An African American has been elected President of the United States! Anything is possible!»). Esto es un efecto, aunque no es en absoluto una novedad. Algo similar ocurrió en Argentina cuando el conflicto que opuso al Estado Nacional y a los Estados Provinciales en torno a la estrategia comercial exportadora del Gobierno Nacional (aquéel conflicto de las retenciones móviles) puso en evidencia la inconsistencia de muchas voces de intelectuales, comunicadores y personas de a pie. El punto es que las definiciones a nivel gubernamental suelen ser consideradas según una tenaza maniquea: o bien da lo mismo y nada importa, o bien es imprescindible tomar partido por alguna de las opciones manifiestas.

Decir que da lo mismo que haya un gobierno potencialmente capaz de, por ejemplo, menguar la intervención militar en Irak y en Latinoamérica u otro que decididamente continuara la estrategia militar de Bush, es casi un disparate. O que da lo mismo que, en una población estructural e históricamente racista, pueda o no ser presidente un negro, también. Sin embargo afirmar que por ese motivo es necesario tomar partido por uno o por otro, aún cuando lo que se intente es construir una otra política, también lo es. El desafío consiste en construir una política del sinpoder, y no en acomodarse reactivamente según los posicionamientos que pone en juego la política hegemónica, la de la identificación entre política y representación de los intereses de las identidades particularidades, la de la delegación decisional.

Afirmar que la victoria de Obama dice automáticamente algo acerca de la situación real de los negros en Estados Unidos es como decir que la situación de la mujer en Argentina cambió con la asunción de Cristina Fernández (de Kirchner), o que ha cambiado la situación de los trabajadores en Brasil gracias a la asunción de Lula. ¿Podemos acaso decir que son los negros los que gobiernan ahora en Estados Unidos? ¿Podemos decir acaso que algo fundamental cambiaría si la situación de los negros en Estados Unidos siguiera dependiendo de un representante? ¿Podríamos decir que algo ha cambiado, en un sentido estrictamente político, si lo que efectivamente cambia es una estrategia de gobierno? Yo afirmo que no. Pueden cambiar algunos aspectos militares, alguna estrategia económica dentro del sistema de producción capitalista, alguna disposición de la administración pública de los Estados Unidos para integrar a los negros a la estructura de Poder. Pero aquellas cosas que afectan directamente las decisiones colectivas no solamente no cambian, sino que la esperanza puesta en el nuevo gobierno no hace más que fortalecer la idea de intervención política identificada con la participación en las elecciones, es decir, la perversa confusión entre la elección y la decisión que no hace más que opacar la presentación política de la población.

En la medida en que no se interrumpa la continuidad política de la situación no podemos decir que una novedad política ha ocurrido.

Todo esto no significa que la particularidad de un gobierno sea insignificante, que no produzca efectos en la sociedad. Al contrario. De hecho hay marcas indelebles en las sociedades de cada país acerca de las distintas experiencias con distintos gobiernos. Ha sido notable cómo, por ejemplo, en la década de los 90 la avanzada neoliberal dejó un tendal económico y social no sólo en Latinoamérica, donde fue muy crudo, sino también en países europeos (como por ejemplo España, Francia o Italia). Pero, en ningún caso, ha habido algo de lo político que haya cambiado en cada situación en virtud de los gobiernos. Por el contrario, hemos visto cómo el nuevo siglo se anunció políticamente con la movilización generalizada de las poblaciones, al menos en occidente, hacia la autonomía, hacia la organización horizontal y hacia la intervención directa sobre los asuntos que han considerado como propios. Y eso sí es una novedad política, de la que quisiera marcar, por ahora, solamente un factor que afirma esa novedad: no hubo un requisito, una pertenencia, una identidad previa. Cualquiera pudo intervenir en esas experiencias con la única condición de decidir involucrarse y de no delegar su decisión en liderazgos. Lo hemos visto en Seattle, en Génova, en Buenos Aires, en El Alto. Lo que empujó esas experiencias no fue un saber, sino un cuerpo de ideas, más o menos articulado, que inauguró con un grito activo el ¡basta! de la representación política.

Personalmente creo que el gobierno de Obama ha de ser menos grave que el de Bush, y que no se podría decir lo mismo de McCain. Pero no hay nada de esperanza, nada de entusiasmo, nada de la ilusión de alguna novedad. Solamente la convicción de que un mal menor no puede ser jamás el motor de una política emancipativa, y que en la medida en que se siga apostando por la continuidad de lo mismo estaremos encerrados en la indecisión, en la nulidad política de la población que acaba siendo, cada vez, el objeto argumental de su propia dependencia.

Estamos viviendo un momento en el que las estructuras de Poder acusan el recibo de la movilización popular disidente respecto de las formas dadas de intervención política. Sirva de ejemplo el discurso del ex-presidente argentino, Raúl Alfonsín, demócrata obstinado, cuando mostró su indignación, en ocasión de la celebración por los 25 años de la «Recuperación de la Democracia en Argentina», ante eso que llamó un «neoanarquismo que se basa en el sabotaje, en la destrucción, para realizar un cambio que se cree necesario sobre la base de no tomar el poder». Y es que hay una gran capacidad de leer la situación en los equipos de asesores y en los estadistas.

En este sentido, es notable cómo se disponen los discursos hacia los factores más característicos de la época intentando trasladar los sentidos circulantes hacia las categorías políticas que se intenta preservar. Un ejemplo emblemático es la evocación de las identidades particulares, junto con la diversidad como signo de una identidad colectiva: «*Jóvenes y viejos, ricos y pobres, Demócratas y Republicanos, negros, blancos, hispanos, asiáticos, indios, homosexuales, heterosexuales, discapacitados y no discapacitados,*

*enviaron un mensaje al mundo que somos y seguiremos siendo los Estados Unidos de América*», dijo Barack Obama el martes pasado. Esto equivale a decir que todas las identidades tienen lugar en el recuento integrador del nuevo gobierno de EEUU. O, en palabras de Alfonsín: «quiero que este mensaje sea un mensaje de esperanza, un mensaje de esperanza que le diga, sobre todo a los más jóvenes, que van a encontrar su lugar».

Lo que se busca es, precisamente, que todo tenga lugar en la cuenta de partes. Esto significa: solamente existe lo que sea identificable para la estructura vigente, y todo aquello que la exceda es inadmisibile. El punto es que para que algo sea identificable en la estructura política actual debe ser representado. Nombrar aquello que la estructura no identifica es nombrar la inconsistencia de esa estructura. En otras palabras, salirse de la representación y apostar por el sinpoder es leído como terrorismo precisamente porque quienes están en el Poder (desde “arriba” y desde “abajo”) se aterrorizan ante la idea de perder su privilegio o, en el mejor de los casos, se aterrorizan ante la imposibilidad de imaginar un mundo diferente.

Por eso se construyen relatos que, tomando de la situación actual las claves de la ruptura, recomponen los sentidos anteriores. En vez de activar la novedad y darse a la transformación social a través de la ruptura política, se intenta incorporar en la vieja política los nombres de la novedad. De este modo encontramos a Chávez, por ejemplo, hablando de poder instituyente cuando él está, precisamente, en el lugar del poder instituido (y aquí encontramos, de nuevo, lo peligroso del uso polisémico de la palabra Poder).

Así operan los discursos identitarios en un momento en el que la emancipación busca la igualdad y no la identidad, es decir, no ser idénticos, como le sirve a los totalitarismos y a los representantes, sino equivalentes en un sentido muy específico: ninguna voz vale más que otra. Hay requisito para la identidad (ser blanco, ser negro, ser “discapacitado o no discapacitado”); para la igualdad, en cambio, no hay requisito.

En el plano de la identidad y de los mecanismos de identificación, se promueve desde los medios de comunicación y desde los discursos políticos hegemónicos la idea de que la confluencia a los comicios es masiva. Esto construye una idea de la participación que insiste en la reproducción de los viejos mecanismos representativos. Se participa eligiendo, no decidiendo, es decir, se participa en la institucionalidad, no en la política. Si por participación se entiende tomar parte, y por tomar parte se entiende ser identificado, la vía electoral viene a resolver todo lo que necesita un sistema para mantenerse entero y, lo que resulta imprescindible, legitimado. Esto es un punto clave porque se lee por todas partes el entusiasmo que han depositado en la elección de Obama muchos pensadores que hacen uso de las ideas de emancipación en virtud de algún impulso libertario, pero acaban atados a las formas que marcan la diferencia entre reproducción y emancipación.

En ese sentido se ha dicho mucho acerca de la histórica afluencia electoral del martes pasado en Estados Unidos. Lo mismo se dijo cuando, en las dos últimas elecciones presidenciales argentinas, la mayor parte del electorado (más de cuatro millones de personas) desobedeció la ley y no se presentó a votar, mientras que una cantidad menor eligió a los presidentes. Incluso, en 2003, el ex-presidente Kirchner perdió la primera vuelta, y obtuvo la victoria con la renuncia de su opositor. ¿Puede acaso decirse que la elección de una décima parte de una población expresa la Voluntad General, esa que el mismo Rousseau decía que era indelegable? ¿O que constituye la decisión popular? Es evidente que el sistema electoral es una farsa que se monta sobre el ideal de justicia social y de igualdad que se le atribuye a la asamblea griega de hace veinticinco siglos (cuya potencia residía, precisamente, en que no había representantes), pero desvirtuada, entre otras cosas, por la figura del número. Lo que es significativo es que ese ideal sigue vigente, por más diferencias que haya en su interpretación. Y es precisamente a esas ideas a las que hay que encender nuevamente con su verificación en acto. No es una cuestión de números. ¿No es acaso la representación política una forma instantánea de radicar una diferencia cualitativa que arruine toda idea de igualdad en el orden de las decisiones colectivas? ¿No es acaso la voz de Obama, puesta *en nombre de* los negros de Estados Unidos, la forma más efectiva de asordinar las voces de los negros en Estados Unidos? Lo que

afirma la potencia de una política emancipativa es su despliegue como acto verificador de la igualdad, y no su anclaje en las identidades particulares de las periferias.

Las voces que hablan son las voces presentes. Por eso es que en lo político la idea de igualdad se verifica cuando las voces hablan en su propio nombre. Esto solamente puede ocurrir en el encuentro de comunes, y una jornada de comicios destinada a mecanizar el recambio de autoridades donde cada uno asiste con voto pero sin voz, sin capacidad de decidir, atenazado por una elección, no es, precisamente, un encuentro de comunes. Ahí están los comunes (aunque contados en tanto ciudadanos), pero falta el encuentro.

La victoria electoral de Obama no dice nada de ninguna conquista, nada de ninguna emancipación, nada de ninguna novedad. Dice solamente que también los negros pueden formar parte de la estructura de Poder, lo cual es un hito en la historia de una confederación de Estados tan racista como la que hoy impera, pero no es necesariamente un estímulo para quienes apostamos por una política del sinpoder. Hubo un cambio en la estructura de Poder de los Estados Unidos. Pero el cambio que necesitamos no es, precisamente, ese.